

Volkow, Verónica, **Diario de Sudáfrica**, México, Siglo XXI, 1988, 179 pp.

Sudáfrica es, actualmente, el único país desarrollado del continente africano y constituye una pieza medular en el engranaje capitalista internacional. Su posición geográfica es de gran relevancia: con costas en el Atlántico sur y en el Índico, en la estratégica ruta del Cabo por donde transitan los barcos que transportan el 80% del consumo del petróleo y el 70% de los minerales estratégicos para los miembros de la OTAN, con una industria armamentista sumamente avanzada, con capacidad nuclear y una agricultura de exportación, Sudáfrica es pieza clave para Occidente.

Pero no es este hecho el único motivo por el cual los ojos del mundo han vuelto hacia este país del cono sur de África, sino también y sobre todo por el peculiar sistema de segregación racial en que se basa su gran desarrollo. Su modelo de organización económico y político conocido desde 1948 con el nombre de *apartheid*, complejo y contradictorio, garantiza por medio de un aparato policiaco represivo el bienestar económico y social de una minoría blanca por sobre una inmensa mayoría negra. Así, a punto de romper el siglo XX, Sudáfrica finca su enorme desarrollo sobre la base de una fuerza de trabajo semiesclava, que comprende el 90% de la población.

Verónica Volkow, poetisa y periodista, escribe *Diario de Sudáfrica* durante su estancia en este país austral. Profundamente impresionada por la realidad que se le muestra, la Volkow revela por medio de entrevistas, conversaciones, poemas y notas de periódicos sudafricanos, la práctica de tal sistema mediante sus implicaciones en la vida cotidiana de la población, y nos permite ver una realidad aún no tan conocida a partir de un retrato del acontecer diario: la lucha de un grupo humano por sobrevivir.

En este país, escenario de las sangrientas luchas entre el antiguo pueblo *khoikhoi* y los *boers*, como se les llamó a los primeros colonizadores holandeses, la gente se mira tras de la clase social, tras de la raza. Todo adquiere una doble identidad: para algunos los espacios son sitios comunes, para otros se convierten en prisión; esto es, los autodenominados blancos permiten el acceso de los negros a sus

áreas siempre y cuando estén en calidad de servidores.

En Sudáfrica la clase determina el espacio social y físico. Actualmente el 70% del territorio del país es ocupado por el 10% de la población, la denominada "área blanca"; en tanto que el resto se lo dividen las áreas "negra", "colored" e "hindú". Cabe señalar que por disposición de la *Native Land Act* de 1913 sólo el 7% del territorio es destinado al grupo negro, los llamados *bantustanes*, donde habita el 75% de la población. En Sudáfrica la realidad sobrepasa la ficción. La gente vive confinada, reducida a esos espacios. Las carreteras, las vías del tren, marcan los límites de éstos; paradójicamente las líneas de comunicación unen y separan. Las diferencias de clase en ciertas regiones del país disminuyeron un poco después del movimiento de conciencia negro de los años setenta, cuando en un acto de solidaridad y definición política los *coloreds* (que podríamos denominar mestizos) y los hindúes decidieron llamarse a sí mismos "negros". Sin embargo, obviando el plano formal, la miseria en este sector de la población continúa inalterable.

Toda la crudeza de la *apartheid* aparece cuando el libro de Volkow atisba la desintegración familiar que el sistema trae aparejado: mientras que la familia de los obreros vive en los *bantustanes*, éstos habitan en la región blanca donde las fuentes laborales los requieren, y únicamente se les permite reunirse con ella en determinados periodos que a veces van de un año a dos. Una ordenación así lleva a este sector poblacional a tener que buscar permisos para lo inimaginable: para alojarse, para trabajar, para trasladarse, etc. El poder abarca todas las esferas de la sociedad como una voluntad omnipresente.

La diferenciación de clases y razas otorga a cada cosa un significado político, todo parece estar marcado —señala la poetisa—, todo lo que se mira tiene el sello de quien lo percibe. El paisaje, por ejemplo, no es igual para un blanco que tiene acceso a todo, a un negro que no puede rebasar determinados espacios, que no conoce los parques de su ciudad, ni las playas de su país. Este es un libro de denuncia y ante el cual —lector— no hay neutralidad posible.

Las páginas de *Diario de Sudáfrica* testimonian las luchas de liberación social del pueblo sudafricano. Las diferentes formas de resistencia ante la opresión se manifiestan en todos los ámbitos: en lo político, las vicisitudes del Congreso Nacional Africano (ANC), surgido en 1912 como la primera organización del grupo negro con este carácter, con su resistencia pacífica, con sus huelgas, sus manifestaciones, sus denuncias antirracistas, su lucha guerrillera

No obstante los enormes esfuerzos represivos del gobierno de Pretoria por desarticular el movimiento, el ANC logró un triunfo internacional al ser

concedido el Premio Nobel de la Paz 1984 a su principal dirigente, Nelson Mandela, quien confinado a prisión desde el inicio de los años sesenta carga sobre sí la sentencia de cadena perpetua. El organismo ha tenido como propósito permanente la concientización de la población como respuesta a los atropellos legalizados: hechos como el de quemar aldeas enteras de negros por ubicarse cerca de áreas blancas, o un sistema jurídico que permite condenas que van desde la cárcel hasta la pena capital por causas menores; el encarcelamiento sin cargos o por no tener cualquiera de la infinidad de permisos que es necesario obtener tan sólo por ser negro. Una legalidad "kafkiana" los envuelve, arbitraria y rigurosa.

Sobresale, asimismo, la participación de los centros educativos. En las universidades (donde tampoco tiene acceso la población negra), el ANC tiene su principal centro de operaciones; pero también aquí el poder se hace presente no sólo por la cerca que rodea estos recintos, sino por la vigilancia continua y la censura constante. Al respecto una anécdota reveladora: la censura ha llegado a tales extremos que a menudo los periódicos entregan al público páginas enteras tachadas de negro.

En otros centros educativos como los *townships*, destinados para la infancia negra, las formas de resistencia de los niños adquieren un carácter heroico que puede ser la inobservancia de los reglamentos escolares como la entonación de cantos en su lengua nativa, desafiando la amenaza latente de ser acibillados ante el menor disturbio.

En esta lucha por la dignidad los maestros *coloreds* juegan un papel importante; ellos se percatan de la necesidad imperiosa del proceso de liberación y se desconciertan ante la búsqueda de una respuesta a la siguiente interrogante: ¿cómo pasar de la mera enunciación de los eslóganes revolucionarios a la creación concreta de una verdadera educación comunitaria y de formas sociales nuevas? Algunos se debaten reforzando los viejos modelos sin poder salir de los viejos contenidos, pero ¿qué hacer si lo que debería enseñarse —una cultura de la libertad— está en proceso de gestación?

La nueva cultura se manifiesta sobre todo en el teatro, la novela y la poesía. De esta forma, el hombre negro sudafricano se inventa, se crea a través de su deseo de liberación; la lucha lo humaniza, lo abstrae de su vida mecanizada. Su existencia adquiere un compromiso de transformación.

Verónica Volkow destaca el problema de la resistencia no sólo en cuanto al *quehacer* revolucionario, sino en el sentido literal del término: como causa que se antepone a la acción de una fuerza.

La lucha por la dignificación del ser humano enfrenta en Sudáfrica un racismo casi primitivo; manipulado por las instituciones que sirven de pilares al *statu quo*, el racismo se presenta aquí como una

ideología elaborada de acuerdo a una lógica económica trasnochada, que se articula como rasgo específico del hombre blanco y que se expresa esencialmente en una expoliación económica y una opresión política.

Vivir de esta manera, plantea la autora, crea una inseguridad permanente y en todas partes. Cualquier acto puede estar fuera de la "ley" si es considerado subversivo. El hogar, único espacio de seguridad posible, no escapa a esta amenaza. La cultura de la resistencia se antepone a la cultura del pánico: "Para vivir se tiene que destruir cotidianamente el miedo", que todo lo permea, que todo lo abarca. Así, en Sudáfrica, se forma un hombre nuevo, ése que se refleja en un poema a Benjamin Moloise: "somos otros que los puños no rompen/y las balas no tocan".

Diario de Sudáfrica es ante todo una denuncia que abre un espacio como el que expresaba Romain Rolland al escribir: "Abramos las ventanas de la vida para respirar el aire de los héroes". La prosa de Verónica Volkow muestra esta heroicidad no desde el mito, sino desde las contradictorias perspectivas de la vida cotidiana.

Es Sudáfrica un tronco viejo, herido por un hacha que le fustiga, con sus antiguas cicatrices al desnudo; pero es también el árbol que retoña, y con la llegada de los pájaros vendrán nuevas esperanzas que inviten al vuelo. . .

Elena Enríquez Fuentes